

ESTELLE MASKAME

you CONTADO POR TYLER

forever
you

*Vuelve a
enamorarte*

CROSS
BOOKS

ESTELLE MASKAME

you CONTADO POR TYLER

forever
you

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Just don't mention it*
© del texto: Estelle Maskame, 2018
© Black and White Publishing, Ltd., 2018
Publicado mediante acuerdo con VicLit Agency
© de la traducción: Cristina Carro, 2019
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2019
ISBN: 978-84-08-20128-1
Depósito legal: B. 26.161-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Hace cinco años

Noto la muñeca rígida cuando me paso la mano por el pelo, mojado y despeinado tras haber pasado una hora en la bañera, donde hundía la cabeza en el agua de vez en cuando para contar cuántos segundos podía aguantar la respiración. Mi récord es noventa y tres, pero ojalá fuera más.

Me siento en el borde de la bañera y alcanzo los analgésicos que están en el lavabo. Quedan pocos, espero que mamá compre más, y pronto. Saco dos y me los pongo en la mano; cierro el puño en torno a ellos mientras me inclino para servirme un vaso de agua. Trago el primero, el segundo, y luego vacío el agua que me ha sobrado en el lavabo.

Me miro el hombro. Tengo una rozadura en el omóplato, pero ya no sangro. Debajo del corte reciente empieza a formarse un moratón, una mezcla entre lila y azul. Lo pellizco con los dedos y me pica, es como un dolor sordo bajo la piel. Podría coger algo de hielo en la cocina, pero tendría que pasar por el salón y lo último que quiero es que me vean. Son más de las once. Ya debería estar dormido. Mañana tengo clase.

Me pongo de pie y escondo los analgésicos que quedan en el armario de encima del lavabo, en el fondo del penúltimo estante, que es lo más alto que alcanzo. Sé que los necesitare mañana. Cuando cierro la puerta del armario, mi reflejo vacío me mira desde el espejo, y es entonces cuando noto el pequeño corte que tengo en el labio inferior. Me acerco al espejo y cojo el labio con el pulgar y el índice para examinarlo mejor. No soy capaz de recordar cuándo me lo hice, pero no es reciente, así que no ha sido esta noche.

Sacudo la cabeza y me aparto del espejo. No importa cuándo me lo haya hecho porque, en cuanto se cure, aparecerá otro en su lugar. Igual que habrá más sangre, igual que habrá más moratones.

Contemplo mi reflejo, los ojos inexpresivos y hundidos, los hombros caídos y los labios fruncidos en una mueca permanente. Apoyo una mano en la frente y me aparto el flequillo para dejar a la vista un profundo corte paralelo a la línea de nacimiento del cabello. Está tardando una eternidad en curarse y me empieza a preocupar que vaya a quedar cicatriz. Rápido, vuelvo a peinarme hacia abajo, para tapar el corte, y me aparto del espejo.

Cojo la camiseta y me la pongo. Hay una hilera de moratones marrón claro a lo largo de la parte baja de la espalda que necesito esconder, así que ir a pecho descubierto no es posible. Siempre hay algo nuevo que ocultar. Me enfundo unos pantalones cortos, tiro la toalla en la bañera vacía y me miro por última vez en el espejo antes de salir del baño. No hay nada a la vista, así que todo en orden.

Con cuidado, empujo la puerta unos centímetros y, sigiloso, avanzo por el pasillo. No hay luces encendidas y está oscuro. Puedo oír el sonido de la tele que proviene del salón y las risas de mis padres ante lo que estén viendo. Me mantengo silencioso mientras sigo avanzando hacia la escalera, pero,

al acercarme, veo que la puerta de la sala está entreabierta y, en vez de desaparecer escalera arriba, que es lo que debería hacer, me aproximo y echo una mirada por la rendija.

Mamá y papá están en el sofá con los cuerpos entrelazados. Él la tiene cogida en el regazo, la abraza, su barbilla reposa sobre la cabeza de ella. Aunque se está riendo, mamá parece cansada. Justo cuando estaba encerrándome en el baño para meterme en la bañera, ella acababa de llegar de la oficina.

Me aparto del salón y voy deprisa hacia la escalera, subiendo los peldaños de dos en dos. La alfombra amortigua mis pasos y los hace casi inaudibles. La puerta de mi habitación está completamente abierta, la luz encendida, pero me detengo un segundo para echar un vistazo en el cuarto que está a mi derecha: el de mis hermanos.

Observo la habitación en penumbra mientras los ojos se me acostumbran a la oscuridad. En la cama de la izquierda, mi hermano pequeño, Chase, está dormido. Tumbado boca abajo, tiene la cara aplastada contra la almohada y una pierna colgando fuera del colchón. En la cama de la derecha, Jamie ronca suavemente. Tiene un chichón amoratado en la frente que se hizo hoy, cuando otro niño del equipo de béisbol de su clase —cursa cuarto de primaria— le dio con el balón en la cara sin querer.

Ojalá mis moratones también me los hubieran hecho por accidente.

Salgo de la habitación arrimando la puerta sin cerrarla del todo. Chase todavía tiene miedo de la oscuridad y le gusta que quede entreabierta. Así que dejo una pequeña rendija de seguridad y luego me dirijo a mi cuarto.

Está exactamente como lo dejé. Los deberes de mates tirados por el suelo, un montón de papelotes inútiles para entregar la semana que viene. Uno de los folios está roto en tres

trozos desiguales. Es el que contiene la ecuación en la que me quedé atascado. Pero parece que un solo error es demasiado, incluso aunque no sea más que álgebra de primero de secundaria. Tengo que corregirlo mañana y luego rezar como un condenado para que todo esté como él quiere.

Recojo los papeles y los guardo en la mochila, luego apago la luz y me meto en la cama. Pero me duele todo, así que me contraigo y suspiro mientras me vuelvo hacia el lado derecho. Me tapo del todo con el edredón y me quedo tendido a oscuras durante lo que parece una eternidad, con la mirada perdida en la pared. Siempre tardo un montón en dormirme.

Levanto la mano derecha y la mantengo en el aire. Flexiono los dedos, luego hago movimientos circulares con la muñeca tres veces. Debería hacer esto varias veces al día, pero siempre se me olvida. Después de llevar la muñeca escayolada durante cuatro semanas, está superrígida. Igual aún tarda un tiempo en curarse del todo.

De repente oigo pasos en la escalera así que bajo la mano al instante y cierro los ojos para fingir que estoy dormido. Hago esto casi todas las noches, así que se me da bastante bien. Incluso abro un poco la boca y simulo una respiración más profunda.

La puerta se abre y hay un momento de silencio en el que él permanece inmóvil durante unos segundos antes de entrar. Sé que es él. Siempre es él.

Entra y cierra la puerta casi sin hacer ruido. Por un momento, no se oye más sonido que su respiración, y luego empiezo a sentir cómo se mueve despacio por mi cuarto. No sé qué está haciendo, pero, a pesar de la curiosidad, reprimo las ganas de darme la vuelta y abrir los ojos para comprobarlo; no voy a arriesgarme, así que me quedo lo más inmóvil que puedo.

Oigo cómo revuelve entre mis cosas, supongo que está hurgando en la mochila porque oigo ruido de papeles, y des-

pués de lo que ha pasado antes, parece probable que esté buscando los deberes de mates. Otra vez silencio. Más sonido de búsqueda. Un largo suspiro que suena casi como una queja.

Y luego habla, dejando que su voz rompa el silencio. Habla bajito, en un susurro: «Lo siento, Tyler».

No tengo claro si piensa que estoy dormido o que estoy despierto, lo que sí sé es que dice que lo siente un montón de veces. Y también es obvio que no lo siente. Si lo hiciera, no tendría que decirlo otra vez mañana, y pasado. Me da miedo pensar que siempre va a haber algo por lo que disculparse.

Sigo completamente inmóvil, porque cuanto antes se convenza de que estoy dormido, antes se irá. Creo que se lo ha tragado porque no ha dicho nada más. No creo que se haya movido, y no sé en qué parte de la habitación está.

Pasan un par de minutos en los que no ocurre nada y me centro en la respiración, y en rezar para que se vaya. Y luego hay más pasos, que son difíciles de oír sobre la alfombra, y después se abre la puerta y por último la pausa final. Él suspira otra vez, pero ahora suena enfadado, pero no sabría decir si conmigo o consigo mismo. Creo que conmigo. Normalmente es conmigo.

La puerta se cierra y él se va.

Suspiro aliviado y abro los ojos. Al menos sé que, esta noche, ya ha pasado todo. Ahora puedo descansar un poco; aunque no lo haré, hace meses que no duermo de un tirón. Me despertaré dentro de unas horas, me quedaré mirando el techo un rato antes de dormirme, y luego vuelta a empezar.

Aun así, aunque nunca puedo dormir bien, esta es la mejor parte del día. El momento en el que sé que, durante siete horas, estaré a salvo. Me gusta esa sensación, pero también odio ser consciente de que mañana tendré que pasar por todo esto otra vez.

Mañana, tendré que ir a clase y hacer como que no pasa nada delante de todo el mundo.

Mañana, tendré que hacer lo posible para que mamá no vea las heridas de esta noche.

Mañana, aparecerán nuevos moratones y nuevos cortes.

Y todos ellos serán obra de papá.

2

Ahora

Alguien me ha echado algo en la cerveza. No sabe como hace diez minutos. Cierro un ojo e inclino el borde de la botella hacia mí para mirar dentro e intentar averiguar si han mezclado alguna otra bebida sin que yo lo viera. Me llega un fuerte olor a ron. Echo un vistazo a la cocina. Jake está allí, de espaldas a mí, inclinado sobre la encimera, mezclando un montón de bebidas diferentes como si fuera un barman superexperto. Odio a ese puto gilipollas.

—¿Qué pasa?

Miro a Tiffani. Lleva cinco minutos tumbada sobre mí con sus largas piernas desnudas dobladas sobre mis rodillas y la cabeza descansando en mi brazo. Ha estado acariciándome el pecho con las uñas en lentos movimientos circulares, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que había parado. Levanta la cara para mirarme y sus brillantes ojos azules me estudian a través de unas espesísimas pestañas que ayer no existían.

—Jake piensa que es graciosísimo echarme ron en la cerveza —le digo, y luego hago una mueca molesta mientras

dejo mi botella en la mesita de al lado del sofá—. Ven aquí —le pido sacando el brazo de debajo de ella y pasándoselo por los hombros mientras la acerco más a mí.

Apoya la cabeza en mi pecho y estoy completamente seguro de que me va a dejar medio kilo de maquillaje en la camisa, pero no me importa porque estoy ocupado mirándole las piernas. Muevo la mano que tengo libre hacia su rodilla, luego la deslizo por la piel suave de los muslos. Su diminuto vestido negro es demasiado corto y demasiado ajustado, pero no tengo intención de quejarme.

—¿A qué hora tenemos que salir?

—Yo diría que a las once —contesta, pero sé que está a otra cosa, porque me busca la mano y pone la suya encima. Despacio, la sube por su muslo, debajo del vestido. Llego a tocar el lazo de su ropa interior y cuando bajo la vista para mirarla, deja escapar una risita mientras se inclina hacia mí y me acaricia la oreja con los labios murmurando—: ¿Te quedas esta noche?

Solía encantarme eso que hace con la voz, cuando la baja hasta un susurro que me habría vuelto loco hace un año o dos, pero ahora ya no. Lo único que pretende es intentar mantenerme enganchado con la promesa del sexo.

El caso es que, sea lo que sea, ya no funciona. Me enderezo un poco y la coloco bien encima de mi regazo. Tengo una mano aún en su cadera, bajo el vestido, y con la otra aparto su rubia melena hacia un lado para poder besarle el cuello. Ella inclina la cabeza hacia atrás mientras me pasa los dedos por el pelo con los ojos entornados. Siento su piel bajo los dientes al dejarle mi marca de la casa. Tiffani siempre está diciendo que odia los chupetones, pero nunca intenta pararme, así que discrepo.

De repente, se aparta, se desprende de mí y se levanta, y mientras se arregla a toda prisa. Con el ruido de la música

que Jake pone en los altavoces de la cocina, no he oído abrirse la puerta de la entrada. Tiffani sí y por eso ahora está dejando su bebida en la mesita del café y estirándose el vestido para intentar que le cubra un poco más de muslo. La verdad es que apenas le tapa el culo.

—Mamá —farfulla mientras da un par de pasos con los pies desnudos por el suelo de madera—, pensé que habías dicho que trabajarías hasta tarde.

—Son las ocho y media —declara Jill. Un archivador negro permanece pegado a su pecho mientras avanza con los tacones repiqueteando en el suelo de la cocina—, ya es tarde.

La mujer esboza una mueca de desagrado cuando mira alrededor. Primero a la hilera de botellas de alcohol sobre la encimera, luego a Jake, que se inclina presuroso a bajar el volumen de la música, y por último a Tiffani.

—No me dijiste que ibas a invitar a unos amigos.

Tiffani todavía intenta tirar del vestido hacia abajo, y es que si hay una cosa que se pueda afirmar sobre su madre es que, ahora mismo, no está nada contenta.

—Porque pensé que nos habríamos ido cuando tú llegaras —contesta encogiéndose de hombros.

Tiene los brazos cruzados sobre el pecho en un obvio intento de esconder lo expuesto que está su cuerpo con ese vestidito.

—Y ¿adónde tenéis pensado ir? —pregunta Jill en ese tono seco que siempre parece tener.

En los tres años que llevo saliendo con Tiffani, no creo que haya visto nunca a su madre esbozar una sonrisa. Es la típica cabrona estirada. Igual que su hija.

—Hay una fiesta —informa Tiffani haciendo un mohín—, pensé que podíamos estar un rato por aquí hasta que fuera la hora de ir porque, bueno, ya sabes, no se puede llegar pronto a las fiestas. Queda fatal.

—Bien —dice Jill, pero su tono de voz arisco deja claro que está lejos de parecerle «bien» que estemos aquí—. Baja la música. Tengo un dolor de cabeza terrible.

La mujer se frota las sienes como para demostrarlo, luego se coloca el pelo detrás del hombro y se vuelve hacia la puerta. Mientras sale, me lanza una mirada de disgusto entornando los ojos y yo levanto la mano y le devuelvo el saludo. Sonrío, básicamente porque sé que la cabrea.

A ver, a la madre de Tiffani no le gusto. Eso lleva siendo así desde la primera vez que me vio, cuando su hija y yo no éramos más que amigos. Incluso entonces, no quería que su niña estuviera cerca de un chaval como yo. Pensaba que yo era una mala influencia, lo cual supongo que, en cierto modo, es verdad. A lo largo de los años su antipatía por mí se transformó en un claro desprecio, cosa que la mujer nunca se molestó en disimular. Pero no le doy mucha importancia a nada que tenga ver con Tiffani, así que imagínate lo que me importa su madre. Además, sé que esta relación no va a ningún sitio, así que paso del rollo ese de ganarme a los padres.

En cuanto Jill se va, Tiffani se relaja con el vestido y dice:
—A veces es un coñazo.

Pone los ojos en blanco, le pide a Jake que vuelva a subir la música y, acto seguido, se le une en la zona de los altavoces. Él ya no la pone tan alta como antes.

Me levanto del sofá y me dirijo hacia ellos, que trastean en la encimera mientras deciden qué canciones añadirán a la lista de reproducción y qué bebida tomarán luego. Me meto en medio de ambos y rodeo a Tiffani por los hombros, y mientras ella se pega más a mí, Jake nos mira con el rabillo del ojo. Jake Maxwell puede tener a cualquier tía que le dé la puta gana, pero no a Tiffani. Creo que siempre le cabrearé el hecho de que, hace tres años, ella decidió quedarse conmigo en vez de con él. A veces adoro la sensación de estar con una

chica con la que un montón de tíos matarían por liarse. Otras, preferiría que Tiffani hubiera elegido a Jake. De esa manera, sería a él al que sacaría de quicio y no a mí.

Alcanzo una botella de cerveza y, en cuanto está en mi mano, Jake me mira y me pregunta:

—¿Qué le pasa a la que tenías?

El muy imbécil me sonrío enarcando una ceja, y otra vez pienso que todo este rollo de «finjamos que somos amigos para que todo el mundo esté más cómodo» es una gilipollez. Lo único que me apetece es partírla la cara.

Le echo una mirada chungueta, amenazante. No suelo necesitar palabras para advertir a la gente de que no se ande con hostias conmigo, pero Jake ya está acostumbrado, así que, en vez de achantarse, ríe con disimulo y me pasa el abridor. En serio, creo que me provoca para que acabe saltando. Parece que le gusta poner a prueba mi paciencia.

—¿Qué cojones están haciendo Dean y Megs en la habitación? —pregunta haciéndose el tonto y echando un vistazo a su reloj. Luego se centra en la bebida que estaba preparando hace cinco minutos—. He creado un exótico cóctel de autor y necesito que él sea mi conejillo de Indias.

Echo una furtiva mirada a la copa y lo único que le veo de exótico es el color verde.

—Voy a buscarlos —digo.

Suelto a Tiffani, abro la cerveza y le pego un trago mientras voy hacia las escaleras. Mis pasos son lentos, sujeto la botella despreocupadamente con la punta de los dedos y con la otra mano me toco el pelo. Me cabrea no estar pedo todavía. Aún tenemos varias horas por delante antes de salir, así que hay tiempo para cambiar mi estado. No puedo ir de fiesta sobrio. Nunca he podido.

La puerta de la habitación de Tiffani está entreabierta y alcanzo a ver a Meghan en plena crisis: tiene las manos en la

cara y deja escapar un prolongado quejido. Dean, por su parte, se limita a mirarla y rascarse la nuca.

—¿Qué, tíos?, de tranquilos aquí, ¿no? —pregunto mientras empujo la puerta y entro en la habitación.

Ellos me miran. Meghan parece bastante cabreada, como si debajo de su respiración contenida y de sus dientes apretados en realidad estuviera gritando mientras se deja caer en la cama de Tiffani. Ahí es cuando me doy cuenta de que su vestido está abierto, con la espalda al aire. Miro a Dean con expresión interrogante:

—¿Os habéis enrollado?

—Muy gracioso —contesta él soltando un suspiro. Sacude la cabeza y señala a Meghan—. La cremallera está atascada.

Ella, toda dramática, se incorpora y, gimoteando, me dice:

—Voy a tener que ponerme algo de Tiffani.

Y suena como si fuera lo más terrible del mundo. Sé que me mataría si hiciera algún comentario sarcástico, pero es difícil contenerse cuando la tía está a punto de cortocircuitar por un maldito vestido. Después de tres años con Tiffani, soy todo un experto en crisis estilísticas.

—Ven aquí —le digo.

Dejo la birra sobre la cómoda, voy hacia la cama y extiendo las manos para coger las de Meghan y levantarla. Me pongo detrás de ella y examino su pálida piel hasta llegar a la zona donde la cremallera se atascó, justo encima de la cintura. Está pillada en la tela, pero con un buen tirón, soluciono el problema. Ya sin impedimentos, subo la cremallera hasta arriba del todo y Meghan deja escapar un suspiro de alivio mientras se vuelve hacia mí para decir que le acabo de salvar la vida.

Miro a Dean mientras Meghan cruza la habitación para ir a por sus zapatos. Aguanta el tipo como puede mientras

toma un trago de cerveza: está claro que espera mi pulla. Y la verdad es que es difícil no hacerla.

—No jodas, tío —empiezo—, ¿en serio no has podido con una cremallera?

Se me forma una sonrisa mientras avanzo hacia él y le pego un puñetacito en el brazo, como indicando que no tiene músculo. Dean es un buen tío, aunque debería ser un poco más duro, a veces es demasiado buen tío.

—Decidí dejárselo al experto. Ya sabes, el tipo que más cremalleras ha bajado en su vida —me la devuelve él.

Está exagerando, claro, pero aun así nos echamos unas risas. Me pasa la cerveza, brindamos y bebemos.

Mientras trago, me seco la boca con el dorso de la mano y le echo un ojo a Meghan. Está sentada en la esquina de la cama de Tiffani poniéndose los tacones.

—Y Rachel, ¿dónde anda? —pregunto.

En el rato que llevamos aquí ni tan siquiera me había dado cuenta de que no la había visto. Suele estar con nosotros, normalmente borracha a estas alturas, Dean ayudándola a mantenerse en pie y Jake pasándole más copas. Rachel piensa que soy un gilipollas, así que tampoco es que me preocupe mucho que no esté por aquí.

—Tenía que ayudar a su madre con no sé qué —me dice Meghan—, así que irá directamente a la fiesta. Por cierto, ¿alguien se acuerda del nombre de la tía que celebra la fiesta?, ¿puede ser Lucy?

Yo no tengo ni idea, así que miro a Dean. Él conoce a todo el mundo, sean antiguos alumnos de hace tres años o novatos. No sé por qué se molesta en recordar los nombres de todo el mundo.

—Sí, es Lucy —confirma—, una de penúltimo curso, creo.

—Ni idea —digo.

Da igual quién sea, no es nada raro que nos haya invitado. Siempre acabamos yendo a fiestas de gente a la que no conocemos.

Alguien emite una tosecilla en la puerta. Los tres nos volvemos y vemos a Tiffani apoyada contra el marco. Su sonrisa es rígida y mientras juguetea con un mechón de pelo que enrolla y desenrolla en un dedo, mira a Dean y a Meghan, pero no a mí.

—Jake os ha puesto unas copas —dice despacio, y luego, con un tono más firme, añade—: Deberíais probarlas.

Su sonrisa se hace más amplia y muestra los dientes.

—¿En otras palabras: fuera de tu habitación? —bromea Dean, pero es cierto. Eso es exactamente lo que pretendía decir, así que en respuesta a la pregunta, Tiffani se limita a batir esa cortina de pestañas que se ha puesto—. Vamos, Megs —apremia él—, dejemos a estos dos a lo suyo.

Coge a Meghan de la mano y la levanta de la cama, sujetándola mientras ella intenta mantener el equilibrio sobre los tacones. Cuando se la lleva de la habitación, me lanza una mirada de complicidad y yo no puedo evitar sonreír. Desde luego que la sutilidad no es el fuerte de Tiffani. Se le notan un montón las intenciones cuando quiere algo, como ahora, que observa cómo Dean y Meghan desaparecen escaleras abajo antes de cerrar la puerta de la habitación y volverse hacia mí. Estamos solos.

—¿No podías esperar? —bromeo mientras me acabo la cerveza de un trago.

Dejo la botella en la cómoda y me subo las mangas de la camisa mientras acorto distancias entre nosotros. Es todo tan familiar, tan parte de una rutina, que, casi sin darme cuenta, ya tengo las manos en su cadera y la boca en el borde de su mandíbula. Casi me ahogo con el fuerte sabor de su perfume.

No entiendo muy bien por qué, pero ella no está receptiva y, tras unos segundos, me pone la mano en el pecho y me

aparta un poco. La miro con la sorpresa pintada en el rostro. Tiffani nunca me aparta. De pronto su expresión es mucho más seria que hace un minuto.

—Te dejaste el móvil abajo —me dice arisca, mostrándolo.

Aunque veo que es el mío, por instinto me llevo la mano al bolsillo de los vaqueros y, claro, está vacío. Me encojo de hombros y extendiendo la mano para cogerlo, pero ella aparta el brazo. Sacude la cabeza lenta pero firmemente y yo dejo escapar un suspiro y me rasco el pelo. Sé que está cabreada por algo y que voy a tener que sufrir el resto de la noche a menos que encuentre la manera de que se ponga de buenas otra vez.

—He leído tus mensajes con Declan —suelta tras unos segundos.

Y yo pienso: «¿Eso es todo?».

—¿Y?

No veo el problema. Sí, hemos quedado en que luego se pasará para traerme unos porros, pero eso no es nada nuevo. Tiffani está acostumbrada a mis gustos, así que no debería sorprenderle el mensaje, y menos con Declan Portwood. Todo el mundo lo conoce. Los que aprecian la buena mierda son sus mejores amigos. Bueno, los que no lo odian, claro.

Tiffani se acerca y aparta un poco la cabeza como para mirarme bien.

—He leído todos tus mensajes con él —aclara.

Y esta vez solo me lleva una décima de segundo entender de qué está hablando. Me quedo paralizado, escaneando mi cerebro en busca de algo que decirle que pueda justificar los mensajes que ha visto, pero no encuentro nada y me quedo parado enfrente de ella, callado como un puto bobo.

—Estás de broma, ¿no? —pregunta con una voz mucho más calmada. Sus estrechos hombros parecen hundirse—. No puedes hablar en serio. Ya me he tenido que tragar suficientes gilipolleces, pero te juro por Dios, Tyler, que esto no lo paso.

Has ido demasiado lejos. No quiero ser la típica tía cuyo novio acaba en la cárcel. ¿Te imaginas lo que dirá la gente?

Mantengo la boca cerrada, sin saber muy bien aún cómo manejar la situación. A lo largo de los años he aprendido que es mejor no discutir con Tiffani y admitir cuanto antes que estoy equivocado para que se calle. También me he dado cuenta de que le importa una mierda lo que yo haga, lo único relevante es cómo le afecta a ella.

—Todavía no he hecho nada —murmuro. En realidad no creo que sea un drama tan grande—. Solo estamos hablando.

—Pero ¿por qué? —insiste haciendo un gesto de desesperación ante mi aparente falta de juicio—. ¿Por qué te lo planteas tan siquiera? No necesitas el dinero, así que, ¿qué te impulsa a hacer una estupidez tan enorme?

No puedo más que encogerme de hombros porque, la verdad, no conozco la respuesta.

—¿Qué puedo perder?

Tiffani me mira como si yo me hubiera vuelto loco.

—Ehhh... ¿todo? —dice—. Si crees que trapichear con drogas es un buen plan de vida, es que eres aún más idiota de lo que pensaba.

Cierro los ojos y exhalo, tratando de mantener la calma. Está sacando las cosas de quicio, pero esta noche, para variar, me siento más inclinado a defenderme que a disculparme.

—No es más que hierba.

—Sí, eso es exactamente lo que dijiste cuando empezaste a fumarla, y mira cómo estás ahora. —Me pone el móvil en la mano con mala leche—. Empiezas a pasarle maría a los novatos y en breve acabarás vendiendo coca a pringados como tú. —Sacude la cabeza de nuevo, esta vez más enfadada, y luego levanta la mano y tuerce la cara—. A mí no me hables esta noche. Eres asqueroso y, como vea a Declan, soy capaz de partírla la cara.

Aprieto las mandíbulas, pero me las sigo arreglando para mantener la boca cerrada. Cualquier cosa que diga empeorará la situación, lo sé. Estoy cabreado, pero tengo que mantener el tipo para no acabar perdiendo los nervios con ella. La cantidad de alcohol que llevo encima tampoco ayuda. Solo empeora las cosas, pero me concentro en controlar la respiración mientras Tiffani me da la espalda y se dirige a la puerta.

Y esta conversación debería acabarse aquí, al menos de momento, para concederme un rato para calmarme antes de empezar a lamerle el culo otra vez, pero entonces ella hace la cosa más flipante que se pueda imaginar. Se detiene, se vuelve y abre esa brillante boquita suya una vez más.

—¿Sabes, Tyler? —me dice con una sonrisita presumida y cruel—, a veces pienso que quieres acabar en la cárcel igual que tu padre.

La pequeñísima cantidad de autocontrol que aún tenía desaparece. «No se le habrá ocurrido hablar de mi padre.» Mis puños se cierran y necesito una forma de soltar la furia que me invade el pecho y se extiende como un incendio. Agarro lo primero que pillo: la botella vacía de cerveza de la cómoda. Ni siquiera me doy cuenta de que la he lanzado hasta que impacta contra la pared de enfrente, estallando en mil trozos que rocían el suelo. Respiro con dificultad y tengo los ojos desorbitados. Cuando me obligo a mirar a Tiffani, su boca está abierta en un gesto de sorpresa.

—Me largo —mascullo entre dientes.

Incrusto el móvil en un bolsillo y cojo las llaves del coche del otro mientras la aparto de mi camino al pasar a su lado.

—¡Bien! —responde ella, señalando los trozos de cristal que han quedado en la alfombra—. Eres un gilipollas.

Podría contestarle con insultos mucho peores, pero tengo que salir de aquí antes de que mi furia se descontrole todavía

más. Ojalá se me diese mejor controlar mi carácter, pero no. Así es como me educaron.

En cuanto cruzo la puerta del dormitorio, oigo la música que viene de la cocina. Me llega la risa de Meghan, pero no estoy de humor para unirme a ellos esta noche. Bajo las escaleras a toda leche, ansioso por largarme de esa puta casa y alejarme de Tiffani todo lo que pueda. Mantengo la mirada fija en la puerta y aunque Dean me llama, ni lo miro. Sigo andando, recto, dejándolos a todos atrás, atravieso el vestíbulo y me voy dando un portazo.

Tengo el coche aparcado en la acera justo delante de la casa y aunque me he tomado varias cervezas, mi ansia por pirarme puede con mis deseos de no infringir la ley. Ahora mismo, en realidad, no puede importarme menos.

Abro el coche y me pongo al volante, cerrando la puerta a la vez que tiro con fuerza del cinturón de seguridad y me lo pongo. El motor ruge al encenderse, piso con intensidad el embrague y acelero con tanta potencia que las ruedas chirrían contra la carretera. Hay una señal de stop justo delante de mí, pero no me detengo. Nunca lo hago.